(8

DISFRACES,

SUSTOS Y ENREDOS.

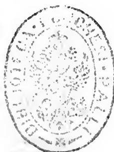
JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO,

ORIGINAL

de D. Cárlos Calbacho.

Representado con aplauso en el teatro del Instituto Español la noche del 8 de abril de 1855.





MADRID.
Imprenta cargo de D. Francisco del Castillo
Calle del Rio, n. ...
1856.



PERSONAJES.	ACTORES.
CAROLINA.	Señora Gonzalez.
BRIGIDA.	Señora Sorzano.
D. RUFINO.	Señor Sorzano.
LUCIANO.	Señor Izaguirre.
ANTONIO.	Señor Calbacho.
CAZURRO.	Señor Lujan.

La escena pasa en Brihuega.

ACTO UNICO.

Patio de la casa de D. Rufino: á la derecha, fachada de la casa con puerta y ventana practicables. Una parra delante de éstas. A la izquierda una puerta, y otra grande al foro. Por encima de la cerca que forma el patio se verá la torre de la Iglesia etc. Desde la puerta de la izquierda á la del foro, habrá una cuerda con ropa blanca tendida.

ESCENA PRIMERA.

D. RUFINO y CAZURRO *deletreando una carta.*

RUFINO. Aun no has acabado? Ya veo que yo la hubiera leido antes que tú, aunque no tengo mi anteojo.

CAZURRO. Y quién es capaz de leer de corrido estos garabatos, hechos sin duda con alguna aguja? Parecen patas de mosquito.

RUFINO. Ay! qué desgracia es lidiar con ignorantes!

CAZURRO. Ya escomienzo. (*lee*)—«Madrid á dos... dos y siete son...»

RUFINO. A veintisiete.

CAZURRO. «De marzo de... de... de este año. Mi querido tio: »he recibido la de usté por la que he sabido su buen »estado y enterrado...

RUFINO. Enterado....

CAZURRO. Eso dice.—«Por su contenido de su angelical bon»dad hácia este su indino sobrino....

RUFINO. Indigno.

CAZURRO. «In... dig... no sobrino le contesto que al momento »me pongo en camino en compañía de mi cara es»posa y su doncella, siendo mi mas vehemente de»seo echarme á los pies del tio mas idolatrado y »querido del mundo, y comediante mi casamiento »mea perdonado mis atavios.

RUFINO. Pero hombre! Cuántos disparates estás ahí diciendo?

CAZURRO. Disparates? Vea usté á ver si he dicho uno.

RUFINO. Aquello de comediante...

CAZURRO. Toma! eso...será que hacen comedias; y no nos

vendrá mal, porque así nos hará reir.—«Haciéndo-
»me par... príncipe de su pringue herencia. Adios.
»Manténgase usté bueno y reciba el carrillo....

RUFINO. Cariño, canario!

CAZURRO. «Ca... ri... ño. Cariño de su sobrino que le ve la eme.—Luciano.»

RUFINO. Lucianito! Siempre le he querido mucho á pesar de ser tan calavera. Es tan guapote... Qué bien he pensado en hacerle entrar en el buen camino, en el camino de la virtud.—Ahora casado, ya es otra cosa. No pensará sino en su mujer y en su casa, y pronto me veré rodeado de una cáfila de muchachos que harán mi delicia. El uno me tirará de los faldones, mientras el otro me apabulla el sombrero pidiéndome un tambor á grandes gritos, y la niña una muñeca, y

Oh delicia sin igual,
venga Lucianillo al punto,
aunque de hijos traiga junto
un hospicio general.
Qué es lo que hace que no llega?
Venga con toda su gente
á ponerse frente á frente
del alcalde de Brihuega.

A ti, Cazurro, como ministro de este ayuntamiento, te toca salir á recibirlos y guiarlos y...—Pero no; mas vale que te quedes para tenerlo todo dispuesto, la cena, las camas, el.... Vamos, Cazurro! ahora es ocasion de que luzcas tu cacareada habilidad.—A propósito, di á Brígida que no se olvide de los pepinos en vinagre, entiendes?

CAZURRO. Si, señor alcalde.

RUFINO. Pues.... hasta luego.—Ah! Mira que no te entretengas. (*Vase.*)

CAZURRO. Cá, no.—Pues, señor, pa largo la llevas. Lo menos estan, segun mi cuenta.... á dos leguas del pueblo; y como vienen en burros, andarán á hora por legua. Todavia tienes, Cazurrillo, tiempo de descansar un rato. Me he levantado tan temprano que.... haaaa! Tengo un sueño... Qué bien dijo aquel que dijo que tumbado se está con mas conveniencia que de piés! No sé quién fué, pero debió ser un sábio.

ESCENA II.

DICHO y BRÍGIDA.

BRÍGIDA. (*Dentro.*) Cazurro! Cazurro! Ah! El demonio del gaznápiro ande sabrá dío? Toadia está la cena sin hacer, y él de paseo. Mejor gandúl! (*Cazurro dá un ronquido grande.*) Por aquí le oigo roncar. Si está durmiendo el muy.... Cazurro! Cazurro! Sí, á la otra puerta: no hay paciencia que aguante á este hombre. —Cazurro! (*Le dá con el pié en la espalda.*)

CAZURRO. Eh! Eh! quién llama con tal estrépito? ah! eres tú, Brígida, eres tú?

BRÍGIDA. Mal rejon te parta.—A ver si quieres venir á partir la leña.

CAZURRO. La leña, eh? El alma me tienes tú partida con tu... Mira (*Se levanta.*) Dame un abrazo, y te partiré de arriba abajo si tú quieres.

BRÍGIDA. Toma! (*Le dá un bofeton y vase.*)

CAZURRO. Háse visto mayor arbotrariedad, como dice el alcalde algunas veces cuando habla con el señor cura y el regidor?—Yo te aseguro que te ha de salir á la...

RUFINO. (*Dentro.*) Ya estamos cerca.

CAZURRO. Calla! ó yo soy un camueso, ó esa es la voz del alcalde.—Justo; y viene con sus sobrinos. Vamos, no hay duda, los ha encontrado á la entrada del pueblo.—Cazurro, marcha á hacer lo que te ha encargado, no sea que para tí tambien haya multas.

ESCENA III.

CAROLINA *con un niño en los brazos*; D. RUFINO, LUCIANO *y* ANTONIO. *Este último vestido de mujer con pañuelo en la cabeza.*

RUFINO. Por aquí, ya hemos llegado.—A ver, Brígida! Cazurro! Venid todos.—Y el sol de los soles? (*Al niño.*)

LUCIANO. Tan gordito, tio, mire usted que alhaja!

RUFINO. Ya sabia yo que tú serias aplicado, y... qué lástima! yo que te esperaba con tanta impaciencia, porque creí que me traerias lo menos doce chiquillos; pero en fin, cómo ha de ser: me traes uno que vale por todos, no estoy del todo descontento.—Cazurro!

CAZURRO. (*Dentro.*) Allá voy.

RUFINO. Pero tú, sobrina, qué guapota estás y qué hermosota y... ya sabia yo que te habia de sentar bien el matrimonio: si nada hay como un marido!—Tú eres

el que estás un poco flaco: no es estraño; recien casado!—Cazurro! Dónde está este hombre?

CAZURRO. (*Saliendo.*) Aquí me tiene usté, señor alcalde.

RUFINO. Ya era tiempo. A ver si llevas aquellos animales á la cuadra, y les dás un pienso.

CAZURRO. Tambien esto?

RUFINO. Eh? qué murmuras?

CAZURRO. Nada. (Dónde se ha visto un alguacil dando piensos!) (*Vase.*)

RUFINO. Y bien, sobrino; vamos, cuéntame qué es de tu vida.

LUCIANO. Mi vida... Mi vida, querido tio, tiene poco que contar. De soltero era muy calavera, les daba á ustedes muchos disgustos, y me reia de todo aquel que me proponia hacerlo; pero luego la reflexion, el conocimieuto, el matrimonio, los consejos de usted en fin, han logrado hacerme mudar de carácter y ser el hombre mas feliz del universo.

RUFINO. Con que eres feliz?

LUCIANO. Feliz... Cuanto cabe serlo. La felicidad de mi vida pende de tres personas á las que amo con todo mi corazon; mi tio, mi mujer, y mi hijo. Hé aquí mi familia, mi porvenir.

ANTONIO. (Qué pillo!)

RUFINO. Bien, sobrino; me place escuchar esas palabras de tu boca, y ver que eres un muchacho de juicio, de talento, y de...—Tienes hambre? De veras, hombre; quiéres tomar algo?

LUCIANO. Hemos comido en el camino.

RUFINO. Y tú, Carolina, quieres que te saquen cualquier cosa... Un vaso de vino y un...

CAROLINA. Gracias; no tengo gana, tio.

ANTONIO. Los señores nunca tienen hambre; pero nosotras las criadas, ya es otra cosa.

RUFINO. Hola, buena alhaja, tienes gana de... eh? He dicho algo?

ANTONIO. Si señor, mucho; y si tuviera usté la bondad de mandar que se me diera alguna cosa ligera... medio cabrito, ó un cochinillo...

RUFINO. Cómo te llamas?

ANTONIO. Yo? (Vaya un apuro.) Me llamo Rosa.

RUFINO. Rosa? Bonito nombre. Pues bien, Rosa; en cuanto venga el alguacil del ayuntamiento, que está echando el pienso, te dará de cenar.—No me canso de mirarte, chiquilla. Cuando pequeñita te criabas tan

melindre y tan encanijada, que no faltó quien asegurase á tu madre, que esté en gloria, que te habian hecho mal de ojo. (*La abraza.*)

ANTONIO. (Cómo me carga este tio con sus abrazos!)

RUFINO. Quién habia de decir que te habias de volver tan guapa chica? Hiciste bien en sacudir la modorra.— (Dime, tu marido es zeloso?)

CAROLINA. (Así, así, tio: tiene venas.)

RUFINO. (Siento que no lo sea mas que un turco; porque eso seria señal evidente de que te queria; pero en fin, si tú te crees amada, basta. Si yo supiera que te daba el mas leve disgusto, pobre de él! La recta vara de la justicia, que nunca se ha torcido en mis manos, se haria añicos en sus costillas.)

ANTONIO. (*á Luciano.*) (Muy largo es el secreto.)

LUCIANO. (Calla, tonto; tambien tienes zelos de tu tio?)

RUFINO. (Me has convencido, basta: pero si alguna vez... (*la habla bajo.*) Me entiendes? Acuérdate de que el alcalde de Brihuega es tio tuyo.) (*La abraza.*)

ANTONIO. (Dále! Otro abracito!)

RUFINO. Estareis rendidos, eh? No es estraño; habiendo venido á matacaballo desde Guadalajara.

ANTONIO. Mejor dicho estaria á matapollino.

RUFINO. Voy á mandar que os preparen la cama...

ANTONIO. (La cama!!!)

RUFINO. Junto á mi cuarto; así estareis mas cerca de mí, y os oiré roncar por la noche.

CAROLINA. No, tio; no se incomode usted; si no tenemos sueño.

LUCIANO. No estamos cansados.

ANTONIO. No, señor; no estamos cansados.

RUFINO. Quién te mete á ti en lo que no te importa?—Brígida! Brígida!

ANTONIO. (Maldito vejestorio!)

BRIGIDA. (*á la ventana*) Qué es eso?

RUFINO. Dispon la cama en la alcoba de la sala, estás? Saca sábanas limpias, de hilo, pero pronto.

ANTONIO. Una cama nada mas?

RUFINO. Tú dormirás con Brígida.

ANTONIO. Gracias; pero no lo digo por mí: es por los señores, que tienen la costumbre de dormir separados.

RUFINO. Cómo, separados?

CAROLINA. El calor...

LUCIANO. La costumbre...

Rufino. Qué calor, ni qué niño muerto? Ademas dejareis abiertas las ventanas.
Antonio. Pero si es que...
Luciano. (Calla.)
Rufino. Dale bola! Le digo á usté que se meta en lo que la incumba. No falta otra cosa, sino que una mocosuela venga á enseñarnos lo que debemos hacer.—Sube arriba, y ayuda á hacer la cama de tus amos.
Antonio. (Estoy bufando.) Tengo que dormir al niño.
Carolina. Rosa tiene razon, podiamos dormir separados.
Antonio. Como en Madrid es moda...
Rufino. Pues aquí no hay modas que valgan. Bueno estaría... dos muchachos, y recien casados, como quien dice. No señor, se ha de dormir como Dios manda, ó me incomodo y os desheredo.
Luciano. No, nada de eso: se hará cuanto usted quiera.
Rufino. Bien; ya sabia yo que no querríais incomodarme.
Antonio. (*á Carolina.*) Me dá usted el niño? (Pérfida!)
Carolina. (Calla.) Toma, y procura dormirle.
Antonio. (*á Luciano.*) (Me las has de pagar.)
Rufino. Pues una vez que os dejo conformes, voy á ver si está todo dispuesto. Mira, Carolina, acompáñame hija mia; voy siendo viejo, y necesito un apoyo.
Antonio. Está tan cansada, que...
Rufino. Estrañaba yo que no salieras con tu cucharada. (Que poca vergüenza tienen las doncellas de Madrid!) Vamos.
Carolina. Procura dormir al niño. (Ya nos veremos.)
Antonio. (Víbora descocada, yo te aseguro...)
Rufino. Qué?
Antonio. Qué haré porque se duerma el angelito... ahahah... (*Arrullando al niño.*)
Carolina. (Qué raro está!) (*Vánse.*)

ESCENA IV.

Luciano *y* Antonio.

Antonio. Maldito alcalde de montera! Dios permita se estrelle antes de llegar arriba.—Estás satisfecho? has logrado ya lo que querias? Pues bien, ahora mismo, sin detenerme, voy á descubrir al acémila de tu tio toda la verdad.
Luciano. Pero hombre!!...
Antonio. Todo, todo; que tú no eres casado...
Luciano. Pero, y la herencia?

ANTONIO. Que yo no soy Rosa, sino Antonio, el marido de su sobrina.

LUCIANO. Pero, y la herencia?

ANTONIO. Qué me importa á mí la herencia, cuando se trata de mi honor?

LUCIANO. Pero, hombre, date á partido. Nos ha de faltar un medio para arreglarlo todo? Ya puedes haber conocido lo testarudo y caprichoso que es nuestro tio Rufino. Quieres que por una tontuna tuya vayamos á perder una herencia tan bonita como la que nos lega?

ANTONIO. Ya, como á ti te cuesta tan poco trabajo el alcanzarla, lo encuentras todo muy llano; pero yo... yo que soy la persona que padece, lo veo de muy diferente modo que tú. Qué se diria de mí si yo condescendiera en prestarte mi mujer? Ya puedes conocer, primo del diablo, que esas cosas nunca se prestan.

LUCIANO. Pero si no se trata mas que de una ficcion ..

ANTONIO. Pero si no hay necesidad de fingir nada: tienes mas que decir á tu tio? «Soy el mas culpable de los sobrinos; yo, aquí donde usted me vé, he tenido valor de dejar casar con otro á la mujer que usted me destinaba para mí. Hé aquí su marido, su verdadero marido: délos usted su bendicion, y laus deo.»

LUCIANO. Sí; y en seguida nos planta de patitas en el camino á todos tres, perdemos su amistad, y dos mil duros!! que seria lo mas lastimoso. Decididamente tratas de arruinarnos.

ANTONIO. Pero al menos, descíframe ese misterio...

LUCIANO. Pues bien, oye. Guiado sin duda mi tio por la filantrópica y plausible idea de hacerme tener juicio...

ANTONIO. Idea que, aquí para entre los dos, no ha conseguido...

LUCIANO. Al menos, ha hecho lo posible, y me cree un modelo de virtud. Pues bien, para corregirme de lo que llamais mis calaveradas, me mandó á llamar hace dos años; y me dijo, despues de un sermon aun mas largo que el de las siete palabras: «Si sientas la cabeza y te casas con tu prima Carolina, corriendo de mi cuenta todos los gastos de boda, os dejaré á mi muerte dos mil duros en efectivo, sin contar esa casa y un majuelo.» Puedes figurarte, querido Antonio, lo que pasaria por mí al ver una generosidad

tan sin límites, y cuál seria mi reconocimiento hácia mi tio al ver que me salvaba de la borrasca que cruzada en este mundo, totalmente tronado. Al dia siguiente partí para la corte con los bolsillos bien repletos, y con ánimo de casarme con mi prima; pero la pícara fatalidad que me persigue, hizo que en la inteligencia, y á mi lado precisamente, viajase una compañera... una viudita jóven que iba, segun me dijo, á unirse con su familia. Ay, primo mio! no no sabes el atractivo que tiene una viuda jóven cuando viaja sola en una diligencia, y se halla á una respetable distancia de la capital. Desde aquel momento todos los proyectos de mi tio fueron á tierra; y la viuda... la viudita encontrada en el camino, tuvo la culpa de que no me casase con mi prima. Sin embargo, llegué á Madrid, y despues de haber consultado con Carolina, escribí al tio que me habia casado con ella, incluyendo en la carta una minuta de gastos, y se la tragó el pobre señor, como se ha tragado ya otras muchas.

ANTONIO. Cosa mas rara!...

LUCIANO. Al poco tiempo te casaste con mi prima, viviendo como Dios manda en paz y en gracia, y yo... yo disfruto de las delicias y placeres del celibato, viviendo como las mariposas entre las flores.

ANTONIO. Yo tambien viví asi mucho tiempo, pero me hastié, y he buscado la paz y la felicidad en el matrimonio, no creyendo que despues de casado tuviese que andar vestido de máscara muy cerca de veinte leguas.

LUCIANO. No te apures que ya está cerca el dia de la recompensa.

ANTONIO. Sí; pero hasta tanto no tendré un rato de sosiego.

LUCIANO. Calla, y no seas tonto, que ya hallaremos medio de cambiar de alojamiento.

ANTONIO. Ola! tratas entonces de pasar el rato con la fregona, que me destinan por compañera.

LUCIANO. Allá veremos. Hasta tanto te suplico que no des á entender á nuestro tio el juego que traemos.

ANTONIO. Lo haré así, aun cuando no sea mas que por complacerte, con tal que me prometas...

LUCIANO. Tén confianza en tu primo, y nunca te arrepentirás.

ESCENA V.

Dichos, *y* D. Rufino *á la ventana.*

Rufino. Luciano! Luciano!

Luciano. El tio!.. disimulo.—Qué quiere usted?

Rufino. Sube al momento: la cena está dispuesta.

Luciano. Voy en seguida.

Antonio. (*Arrullando al niño.*) Duérmete niño hermoso
que viene el cócooo,
y se lleva á los niños
que duermen pócoooo!

Rufino. (*Cierra.*) Te esperamos.

Luciano. Ja, ja!.. eres un muchacho de talento! ánimo! Sigue así, y dentro de dos dias nos volveremos á Madrid, donde esperaremos con impaciencia la muerte de nuestro muy querido tio, el alcalde de Brihuega. (*Vanse.*)

ESCENA VI.

Cazurro, *luego* Antonio.

Cazurro. Señor arcalde, ya eché el piemso... Pues no está; mejor! Con eso podré echar las cuentas á mis solas. —En qué consiste, no sé; pero ello es que siento una desazon cuando veo á la muchacha que ha venido hoy de Madrid, que hasta las piernas me escarabajean. Casi, casi estoy por decir que me hallo enamorao. Enamorao tú, Cazurro? Tú, ministro de Brihuega, ó arguacil por otro nombre! Qué cosas mas raras pasan ogaño!—Por qué ha de ser raro? No soy un hombre de carne y hueso como los demás? Quién me impide que tenga un poco de aquel pa esa chica? Tengo gana de echarla la vista encima pa icirla cuatro cosas bien dichas; pero hétela que aquí llega.

Antonio. Habráse visto descaro mayor! No querer que me siente á la mesa; ese alcalde es un... un alcalde de montera, y está dicho todo.—Diablo! Su alguacil.

Cazurro. Dios te guarde, muchacha.

Antonio. (Y me tutea el muy... ya se vé; mi profesion de doncella.)—(*Con mucho descaro.*) Se pué saber quién es usté?

Cazurro. Soy endividuo del ayuntamiento; alguacil y pregonero, todo en una pieza. Además le limpio la ropa al señor arcalde, y me llamo Cazurro Ciñuelas.

ANTONIO. Bonito nombre.
CAZURRO. Y tú, cómo te llamas?
ANTONIO. Rosa Remacha y Remojo: naci en Pastrana, y soy doncella de mi... mi... de mi señora; estoy aquí porque hemos venido y nos ha dado la gana.
CAZURRO. (Me gusta el desparpajo que tiene esta chica.)
ANTONIO. Tiene usté algo que decir?
CAZURRO. Náa, casi náa, una friolera. Ves este mozo tan plantao y con tanto aquel? Pues gueno; á pesar de su arao, su destino, sus dos pares de güeyes y otro de mulas que ya te enseñaré, está perdío de amor y de... Vamos á ver; á que no aciertas hácia quien?
ANTONIO. Me lo figuro; hácia esa záfia criada que está sirviendo á la mesa.
CAZURRO. Brígida? Quiá! Si esa está enferma del... y el médico la dice que tome la... ca! á mí me gusta una moza robusta y sanota.
ANTONIO. Sí? pues mira, vete á Galicia, que allí las hay en abundancia.
CAZURRO. No; no es necesario dir tan lejos por una güena moza.
ANTONIO. Las hay en el pueblo?
CAZURRO. Yo lo creo.
ANTONIO. (Mejor: se lo diré á Luciano, y con eso le alejaré de mi mujer.) Y dónde se hallan? es muy lejos?
CAZURRO. No: están á mi lao.
ANTONIO. A tu lado? No las veo.
CAZURRO. Pues yo sí; y en prueba de ello voy á... Aaaaah! (*Abre los brazos para abrazarle, pero viendo salir á D. Rufino, se queda en actitud de estirarse abriendo mucho la boca.*)

ESCENA VII.

DICHOS, D. RUFINO, CAROLINA, y LUCIANO. (*Empieza á oscurecer por grados.*)

ANTONIO. (Ah! ya comprendo; es Carolina.)
RUFINO. Puesto que no habeis probado bocado, podeis meteros en la cama si teneis sueño, yo no tardaré en hacer lo mismo. Aquí sé yo que os fastidiareis, porque echareis de menos los bailes, los teatros, los paseos, que tanto os divierten en la corte. Aqui metidos entre terrones, y encerrados entre cuatro paredes os aburrireis.
CAROLINA. Al contrario, tio: aquí se vive, se goza, se respira. Este aire tan puro despavoriza el entendimiento,

esta soledad cautiva el alma ; y aquí , rodeada de mi familia, me contemplo la mas feliz de las mujeres.

Rufino. Demasiado sé yo que no es verdad eso. Conoceis que mi gusto es teneros á mi lado, y no me querreis afligir. Sí; lo que me teneis es lástima. Lo conozco; soy muy caprichoso: os he hecho venir incomodándoos acaso; pero perdonadme , será la última vez. Yo, como viejo, tengo esperiencia, y conozco lo que es el mundo. Pues bien, Luciano, mañana en cuanto nos levantemos, ajustaremos unas cuentas, y podreis poneros en camino.

Carolina. No, tio ; estaremos aquí todo el tiempo que usted quiera.

Rufino. Sí, hijos , esta es vuestra casa, y aquí hallareis siempre un abrigo contra la desgracia.

Luciano. Qué ideas tan tristes tiene usted esta noche, querido tio! Yo no soy cobarde, y sin embargo me va usted á hacer llorar como un niño.

Antonio. (Yo tambien lloro, pero es de rábia.)

Cazurro. (*A Antonio.*) (De buena te has librado , pero á la noche no te escaparás.)

Antonio. Eh? qué quiere decir este zángano?

Rufino. Con que, buenas noches.

Carolina. Pero, tio, si no tenemos sueño.

Rufino. Pues bien , si no dormís , al menos descansareis, que buena falta os hace. Tú, Rosa, dormirás con Brígida, estás? La casa es chica, y no hay habitaciones para todos.

Luciano. Pero tio , si todavia no tenemos sueño ; no seria mejor que tomásemos el fresco un rato?

Rufino. Nada , nada. Te asomas á la ventana que da justamente á la sala. Carolina está cansada , y no es cosa de hacerla pasar un mal rato.

Antonio. Ya se vé; no deben ustedes hacerse rogar: súbanse ustedes á dormir, que están muy cansados.

Carolina. (Qué significa esto?)

Luciano. (Antonio nos manda á acostar?)

Antonio. Sí; métanse ustedes en la cama, y mañana entraré yo á despertarlos.

Rufino. No; eso me toca á mí; y para que no te adelantes, echaré la llave á la puerta y la meteré bajo mi almohada. (*Sale Brígida y quita la ropa tendida.*)

Antonio. (Asesino!)

RUFINO. Y mañana os llevará Brígida el almuerzo. Con que, buenas noches.
LUCIANO. Una vez que usted lo quiere...
RUFINO. (*Le abraza.*) Lo deseo.
CAROLINA. Uuna vez que usted lo desea.
RUFINO. (*Abrazándola.*) Lo exijo.
ANTONIO. (Como me cargan los abrazos de este tio!)
CAROLINA. Que pase usted buena noche.
LUCIANO. Que duerma usted bien.
RUFINO. Adios, hijos, descansad.
CAROLINA. ANTONIO. LUCIANO. } Buenas noches. (*Vanse.*)
RUFINO. Buenas noches.—Eh! A dónde vas tú?
ANTONIO. Toma, á desnudar á mi señorita.
RUFINO. No le hace falta tu ayuda.
ANTONIO. Si los corchetes del vestido no puede...
RUFINO. Su marido se los quitará. (*Vase.*)
ANTONIO. Su marido!—(Ah! Dos mil duros, qué caros me costais!)—Se la lleva!!!

ESCENA VIII.

ANTONIO, *y despues* D. RUFINO.

ANTONIO. Háse visto nunca en el largo catálogo de los tios, uno mas bucéfalo, mas salvaje, mas idiota... sí, idiota; ese es el adjetivo con que se le debe calificar. Un tio que manda acostar á su sobrina con un marido de mentirijillas, mientras que el verdadero, el legítimo marido se pasea por delante de las ventanas de su mujer, vestido de máscara, como si se tratase de enterrar la sardina? Mal me salió mi intento; me figuré que adoptando este traje y este sexo, podria estar mas cerca de Carolina, pero sí... que si quieres. Tentado estoy por ir á descubrir todo el pastucho á ese hipopótamo de alcalde. Pero no; las consecuencias son fatales. Perder asi, sin mas ni mas, de una mano á otra como quien dice, dos mil duros! Cuarenta mil reales!—Nada: el tio debe ya haberse acostado; y trepando por este tronco que aquí plantó la Providencia para alivio del desgraciado, subo, y ayudado por la parra entro, y allá veremos en lo que para lo restante de la historia.
(*Hace lo que indica el diálogo dejando caer una cartera.*)

Rufino. Ya los tengo encerraditos y la llave en mi poder. No sé por qué se me ha atragantado esa chicuela que llaman Rosa: y tengo yo acá mis sospechas de que esa muchacha y mi sobrino... No hay que fiar; las mujeres son el diablo, y él es un calavera. En fin, veremos.—Eh? Qué es esto? una cartera: debe ser de Luciano, á ver... Cazurro! Cazurro!

Cazurro. (*Dentro*) Quién llama?

Rufino. Baja una luz, pronto.

ESCENA IX.

D. Rufino *y* Cazurro *en escena*, Antonio *y* Luciano *en la ventana.*

Luciano. Qué voces!...

Antonio. Si me habrán decubierto!

Cazurro. (*Sale con un velon encendido.*) Ave Maria purísima.

Rufino. Sin pecado concebida santísima.—Acerca esa luz... cartas... papeles...

Antonio. Mi cartera! Somos perdidos!

Luciano. Y qué tienes en ella?

Antonio. Entre otras la carta de Galvez.

Luciano. Verdugo!

Rufino. (*Lee.*) «Querido Antonio: recibí la tuya, en que me participabas la muerte de tu padre; te acompaño en el sentimiento pidiendo á Dios te dé salud para rogar por su alma: yo sigo lo mismo de mis achaques, aunque los médicos dicen que es mucha la mejoría que encuentran; pero yo me figuro que de mejora en mejora me echarán á la sepultura.»

Luciano. Amen!

Rufino. «A tu esposa Carolina, que tengo muchos deseos de verla; y que en cuanto mi enfermedad me lo permita, iré á ponerme á sus pies.»

Antonio. Esto ya no tiene soldadura!

Luciano. Lo mismo digo.

Rufino. «Al loco de Luciano...»

Luciano. Aquí entro yo.

Rufino. «Le dices que es un descastado; y que si los bailes, las bromas y las queridas no le dejan tiempo para venir á verme, no le faltará si quisiera, para escribirme. No te canso mas: espresiones á Carolina, al niño un beso, y tú recibe el cariño de quien es tu mas fiel y constante amigo. Pedro Galvez.»

Antonio. Tronamos.

Luciano. Me voy.
Antonio. A dónde?
Luciano. Al Misisipí á arrojarme de cabeza.
Rufino. Alumbra, alumbra Cazurro.—«A tu esposa Carolina, que tengo muchos deseos de verla.»—Si tendré telarañas en los ojos?—«Al loco de Luciano...» Si estaré durmiendo?—«Que es un descastado, y que si los bailes, las bromas, y las queridas...» Cazurro estamos despiertos?
Cazurro. Aaaah! Yo no lo sé á punto fijo.
Rufino. «No le dejan tiempo.»—Será verdad? Luciano me habrá engañado? Pero cómo se ha compuesto para... Y este Antonio á quien viene dirigida la carta?... Aquí se encierra un gran misterio que es preciso descubrir. Interrogando á la doncella... Y quién me responde de que me diga la verdad? Antes noté que entre los dos habia miradas de inteligencia, y guiños, y cuchicheos... Aqui hay gato encerrado; no te parece? Responde.
Cazurro. Aguárdese usté, señor arcalde, déjeme discurrir un poco, porque como dijo el otro, más ven cuatro ojos que no dos; y se me ha puesto en la cabeza que...
Rufino. Qué?
Cazurro. Que aquí hay intríngulis; y por lo que he visto y he oido, me atrevo á asegurar que *ella* es la mujer de *él*.
Rufino. Pero no oyes que *ella* es la mujer de Antonio?
Cazurro. De Antonio... Y quién es ese Antonio?
Rufino. Pues ahí está el busilis quien es ese Antonio?
Cazurro. No haga usté caso, y créame á mí; que tengo el ojo muy abierto. Pues qué, no se han visto ya chascarrillos semejantes? En Madrid, segun dicen, es el pan nuestro de cada dia el que los amos se casen con las criadas.
Rufino. Si no es eso: si *él* es soltero, y *ella* es la casada.
Cazurro. Pues como *ella* no puede haberse casado con la otra *ella*, resulta y salta á los ojos que el casado es *él*.
Rufino. Pero hombre qué atajo de vaciedades estás ahí diciendo? Quién es la *ella* y la otra *ella*?
Cazurro. Toma! Ahí estamos? Pues bien se conoce: *ella* es la señorita, y la otra *ella* es la criada.
Rufino. Yá! con que tú crees que mi sobrino se ha casado con la doncella de su prima?
Cazurro. A legua se vé.

RUFINO. (Este bruto tiene talento.) Voy á informarme, y si es verdad que se ha casado con la criada, no sale vivo de este pueblo. Qué juventud! Qué costumbres! (*Vase.*)

ESCENA X.

CAZURRO, *solo.*

A mí no se me escapa este enredo: soy mas pillo que ninguno, y cuando yo voy, ellos vienen: bien dicen que á perro viejo... La tal Rosita!... Apostaba una oreja, y no la perdia, á que ha engañado al señorito, y lo ha obligado á que se case. Y yo, que pensaba haberla dicho... Afortunadamente no me dejaron, y agora me alegro; porque quién sabe lo que pudiera haber sucedido?... Y... Asi estoy mejor, porque el buey suelto bien se lame. (*Vase.*)

ESCENA XI.

LUCIANO *y* ANTONIO; *despues* D. RUFINO *á la ventana.*

LUCIANO. Antonio, somos perdidos: se desbarataron tantos planes para el porvenir. Yacen ya convertidas en humo las ilusorias ideas que habiamos concebido.

ANTONIO. Verdaderamente es una desgracia, pero á mí me amenaza otra mucho mas grande. Cuando descubra la verdad, lo menos lo menos me empalan por falsificador del bello sexo, es decir, si me agarran, porque yo me he procurado una llave del porton que da al camino, y si veo mal el pleito, tomo las de Villadiego acompañado de mi esposa y de mi hijo.

LUCIANO. Cobarde! Tienes miedo al enemigo? Eso no es propio de hombres de nuestro temple. Antes de huir es necesario agotar todos los recursos, poner en práctica todas las buenas ideas que se nos ocurran, y empezar á hilbanar embrollos que sean susceptibles con la crítica situacion en que nos encontramos.

ANTONIO. Ay, querido primo de mi alma! Conozco que mi valor desmaya, y mucho temo no me desmaye yo tambien.

LUCIANO. (*Se echan los brazos mútuamente por los hombros.*) Unámonos y seremos fuertes. Sacudamos la cobardía, y seremos invencibles. Tengamos serenidad y saldremos con nuestro intento. Discurramos y no nos sorprenderá el enemigo.

RUFINO. (*A la ventana.*) Bravo! Soberbio! Qué tal la criadita?

ANTONIO. Dios de Sión!
LUCIANO. Hemos gastado la pólvora en salvas.
RUFINO. Muy bien, señor sobrino; estoy muy satisfecho de su conducta, de su moralidad.
LUCIANO. Tio, no me condene usted sin oirme.
ANTONIO. Eso mismo digo yo, querido tio: no nos condene usted sin oirnos.
RUFINO. Calle usted mujer indigna: que no suene en su boca para nada la dulce palabra de tio.
LUCIANO. Pero escuche usted...
RUFINO. Contigo tambien hablo, Lucifer. La venda que ofuscaba mi vista y ocultaba tus infamias á mis ojos, se ha desvanecido, y ya estoy enterado de tu vida. A Dios: no tienes que volver á pensar en mí: ya no os conozco. Sigue, sigue á esa mujer con quien te has unido, emborronando la clara estirpe de tus abuelos: síguela, y salid inmediatamente de mis dominios. *(Cierra.)*
ANTONIO. Pero oiga usted... Pues no ha cerrado?—Caramba!
LUCIANO. A dónde vás?
ANTONIO. A alborotar el pueblo; á quemar la casa del alcalde, como trate de detener á Carolina.
LUCIANO. Con razon dicen que no es la suerte para quien la busca.
ANTONIO. Si lo decia yo! Si era imposible que saliera bien este enredo. Tú te empeñaste y mira lo que has adelantado; ponernos en ridículo, y perder su amistad para siempre.
LUCIANO. No, voto á cribas. Si tal sucediere, me iba á los Pirineos y desde la montaña mas alta...—Sígueme voy á ver al tio...

ESCENA XII.

DICHOS, CAROLINA, *á la ventana.*

CAROLINA. Luciano! Luciano!
ANTONIO. Carolina!!
CAROLINA. Pero qué habeis hecho que todo se lo ha llevado el diablo! El tio está furioso, lanzando maldiciones contra vosotros; y dice que todo en el mundo te perdonaria, menos haberte casado con una criada. Esplícame esa madeja de casamientos.
LUCIANO. La comprendo yo acaso?
ANTONIO. Esto es un nudo gordiano, que ya nunca podremos desatar.

Luciano. Yo lo cortaré como Alejandro, y saldré victorioso; porque si tuviera al tio delante, le haria ver...

ESCENA XIII.

Dichos, y D. Rufino.

Rufino. Qué lo blanco es negro? Eh? Pues no, ya se acabó el tiempo en que me manejabas á tu modo.

Luciano. Me alegro mucho que haya usted venido tan á tiempo para escuchar mis palabras. Decia, pues, que si estuviese usted delante, le haria ver un funesto error. Usted, querido tio, ha dicho que todo en el mundo me perdonaria, menos el haberme casado con una criada: pues bien, si todo fuese una ficcion; si tal casamiento no fuera realidad, sino una broma; si yo estuviese soltero todavia y con ánimo de obedecerle á usted en todo y por todo; si yo le mirase á usted como á mi único bienhechor, como á mi padre, cumpliria usted su palabra?

Rufino. Qué sé yo!!!

Antonio. (Esta es la ocasion.)

Luciano. Pues bien, hé aquí el verdadero marido de Carolina.

Rufino. Cómo! Rosa es marido de mi sobrina!

Luciano y Antonio. Si señor.

Rufino. Dos mujeres!!!

Luciano. En la apariencia.

Rufino. Con que tú estás casada con Carolina?

Antonio. Esa es la verdad.

Rufino. Ay! Ay! Ay! A mí me va á dar algo. Tú estás casado con Carolina, y Carolina con Rosa, y Rosa contigo, y tú con Rosa, y todos vosotros estais casados con... Con el diablo que desenrede este lio! Quién nos vá á sacar de este atolladero...

ESCENA ULTIMA.

Dichos, y Carolina.

Carolina. Yo tio; si usted me promete perdonarnos.

Rufino. Carolina, habla: sácame de este estado de ignorancia, de estupidez, y mas que te hayas casado con el moro Muza, con tal que haya sido con él solo.

Carolina. Pues bien, hé aquí mi único esposo.

Rufino. La *criada*! Otra vez volvemos á los lios.!

Carolina. No: la criada es D. Antonio Gimenez, empleado en

loterias, padre del niño, á quien hacia usted halagos esta tarde, y mi esposo hace año y medio.

RUFINO. Ya, ya comprendo. Es un hombre disfrazado! Solo siento que hayais engañado á todo un alcalde. Supongo que tú no estarás casado con él?

CAROLINA. No señor, este es mi único marido.

RUFINO. Vaya, pues siendo asi, perdono tu desobediencia, y os vuelvo á todos á mi gracia. Y tú, buena pieza que tan bien has sabido disimular tu sexo, ya puedes decir en voz alta y sin temor de que te oigan, «Carolina es la esposa de D. Antonio Gimenez.»

CAROLINA. (*Al público.*) Y aquí dá fin la jornada
que á Brihuega hemos traido.
Si es que os habeis aburrido,
entonces no os pido nada;
pero si acaso os agrada
Disfraces, sustos y enredos,
no quiero veros tan quedos,
y... que oiga yo una palmada.

FIN.

